

Dios por ella, por el gran duque, por mis hijos y por todos, tanto por los que me habían hecho bien, como por los que me habían hecho mal. Mi salud se encontraba tan quebrantada que necesitaba poner todos los medios posibles para salvar por lo menos mi existencia. A este objeto me dirigía á S. M. para que me permitiera ir primero á tomar baños, desde donde luego me dirigiria á casa de mis padres.»

Tal era la carta que Catalina escribió á la emperatriz y que hizo llegar á sus manos por conducto de Schuwaloff. Mientras esto sucedía, la gran duquesa, á quien se había dicho que el carruaje estaba dispuesto, se dirigió al teatro y al regresar de este supo que la emperatriz deseaba tener una entrevista con ella.

Puede muy bien ponerse en duda que la gran duquesa considerase probable su vuelta al extranjero, pues podía saber ó suponer que Isabel no consentiría fácilmente en dar aquel paso que habría causado un verdadero escándalo en la corte. En sus Memorias hace notar que había considerado con filosofía la cuestion de ser ó no enviada á su casa. «En cualquiera situacion en que la Providencia me haya puesto, siempre he permanecido fiel á los recursos que el alma ó el talento proporcionan á cada cual, segun sus facultades naturales, y yo sentía aumentar ó disminuir mi valor sin que mi alma ni mi corazón se sintieran dominados por la arrogancia ni por el abatimiento.»

Pero Catalina tenía que pasar aun por duras pruebas. Muchas semanas transcurrieron sin que la emperatriz la enviara á buscar. Catalina se fingió entonces enferma, se encerró en sus habitaciones y se entregó á prácticas religiosas. «Esto lo creí conveniente, dice, para que se tuviera en cuenta mi inclinacion al culto ortodoxo griego.» Por aquel tiempo tuvo el disgusto de que la emperatriz alejara de su lado á su camarista que era su mas querida compañera. Con lágrimas en los ojos decía Catalina al conde Schuwaloff que la entristecía cada vez mas el ver que todos los que á su alrededor se encontraban acababan por caer en desgracia de la emperatriz y renovó al propio tiempo la súplica de que la enviaran á casa de sus padres.

Para atraerse el favor de la emperatriz, era preciso tomar una resolucion enérgica. Catalina nos dice, que su confesor, al oírle hablar de su triste situacion, la aconsejó que se fingiera enferma y le mandara llamar, con lo cual él podría decir á la emperatriz todo lo que de sus labios oyera. Como buena actriz, siguió Catalina ese consejo, fingiendo una grave enfermedad. Alejandro Schuwaloff envió á buscar á los médicos, á quienes dijo la princesa que necesitaba los auxilios espirituales: llegó el confesor, permaneció solo con Catalina y fué luego á ver á la emperatriz, á la cual manifestó que el dolor y los sufrimientos podían acabar con la vida de la gran duquesa, si no se ponía pronto remedio á su estado y no se la sacaba de la intolerable situacion en que se encontraba.

Esto produjo efecto, pues á la noche siguiente se celebró la entrevista entre la emperatriz y la gran duquesa, en presencia de Pedro y del conde Alejandro Schuwaloff. Catalina hacia semanas que no había visto al gran duque, el cual no la había visitado ni había preguntado por ella á pesar de haberle dicho que se encontraba gravemente enferma, prometiendo, por el contrario, por aquellos mismos días, á su querida, Isabel Woronzoff, que se casaría con ella si llegaba á morir Catalina.

Apenas entró en el cuarto de la emperatriz, Catalina se arrojó á sus piés y la rogó que la permitiese volver á casa de sus padres: Isabel se mostró enterneceda y dijo, entre otras cosas: «Dios me es testigo de cuanto lloré cuando á vuestra llegada á Rusia caísteis enferma de gravedad, y á no haberos

amado no os hubiera detenido aquí.» Esto era una especie de refutación de la afirmacion sentada por Catalina de que había caído en desgracia de la emperatriz. Acerca de este punto, echó en cara Isabel á la gran duquesa el ser demasiado orgullosa y el figurarse que nadie tenía mas talento que ella. El gran duque comenzó entonces á hablar de la «terrible y tenaz maldad de su esposa,» procurando justificarse á sí mismo, lo cual hizo con cierta habilidad y no sin energía. La emperatriz trajo á colacion la correspondencia de Catalina con Apraxin; pero la gran duquesa negó enérgicamente que hubiera dado orden alguna al mariscal, y añadió que solo había faltado en lo de escribir cartas, por lo cual pedía perdon.

La conducta de Catalina calmó á la emperatriz: las tentativas de Pedro para atraer la cólera de la soberana sobre su esposa no tuvieron éxito alguno. Isabel manifestó cuánto le apenaban las desavenencias de aquel matrimonio, derramando por ello amargas lágrimas, y despues de mandar retirar á todos los que habían presenciado esta escena, encargó al conde Alejandro Schuwaloff que tranquilizara á la gran duquesa, diciéndole que no estuviera triste y que en breve tendría una nueva entrevista á solas con ella. Al poco tiempo supo Catalina que la emperatriz había dicho que su sobrino era un imbécil, pero que la gran duquesa tenía mucho talento.

Pedro, entretanto, confiaba en que su esposa sería enviada al extranjero y que le sería fácil poder casarse con Isabel Woronzoff; pero la emperatriz hizo decir formalmente á Catalina que desistiera de su idea de volver á su patria. «Por el momento puedo estar segura de que no me mandarán al extranjero, decía Catalina en sus Memorias, no sin cierta satisfaccion por haber ya llegado á temer este resultado. Pero era preciso que se aclarara mas todavía la situacion en una segunda entrevista con la emperatriz, entrevista que, en los mas humildes términos, solicitó Catalina en una carta de 28 de mayo de 1758 (1).

Celebróse en efecto y en ella declaró solemnemente la gran duquesa que, á excepcion de las cartas que le habían sido ocupadas, no había escrito otras al general Apraxin. «Despues de esto la emperatriz me preguntó pormenores de la vida del gran duque.» Y así termina Catalina su relacion de la crisis (2) que con esto parecía poder darse por terminada.

Había pues desaparecido un gran peligro. «Catalina no era enviada al extranjero,» quedaba dueño del campo. Esta era una victoria, ó por mejor decir se había evitado afortunadamente una derrota.

Poniatowski escribía en 1758 á Jelagin que las relaciones de la gran duquesa con la emperatriz y sobre todo con el gran duque habían mejorado mucho. Algo se había ganado en efecto por el momento, pero no había que esperar que Isabel mostrara gran benevolencia hácia Catalina (3), y por espacio de tres años, y mas aun, hasta que Isabel cerró los ojos, la paz que entre ambas reinó fué meramente aparente. El conde Mercy Argenteau escribía, á fines de 1761, que el descontento que á la emperatriz causaba la conducta del gran duque estaba íntimamente relacionado con la antipatía

(1) Esa carta está publicada en la *Ilustracion de la sociedad histórica*, VII, 74.

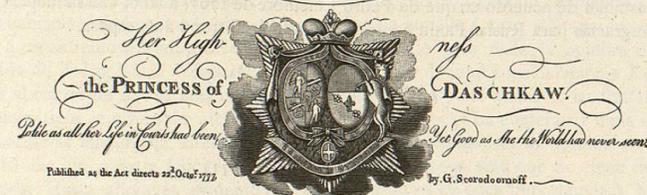
(2) Véanse sus *Memorias*, pág. 294-322.

(3) Schwart escribía en octubre de 1757: «Las intrigas y las íntimas relaciones de la gran duquesa con Poniatowski son conocidas de la emperatriz, pero aparenta no saberlas, lo cual nada bueno significa por su parte, pues debe de haberse dicho á sí misma que la gran duquesa se las pagará todas juntas.» *Documentos de la sociedad moscovita*, 1870, III, 11.

que sentía hácia la gran duquesa; que no tenía con ellos relacion alguna y que «no había hablado con ellos hacia mas de tres meses» (1).

Durante el período de la influencia y del poderío de Bestusheff, se vió claramente que este quería, para cuando muriese la emperatriz, obtener para la gran duquesa una posicion importante al lado del inepto emperador Pedro (2). Despues de aquel período era menos de esperar que Catalina consiguiese ese objeto por las vías legales, y solo la consolaba la idea de que en medio de la antipatía que inspiraba el príncipe, ella gozaba de cierta popularidad. Mostróse pues decidida á sacar partido de los acontecimientos para crearse una posicion (3).

Los últimos años de gobierno de la emperatriz Isabel podían introducir fácilmente nuevas modificaciones en la cuestion de la sucesion al trono. Con razon decía Catalina en sus Memorias: «Acerca de su sobrino tenía la emperatriz formada la misma opinion que yo y le conocía tan bien que desde hacia muchos años no había podido permanecer con él un cuarto de hora, sin experimentar aburrimiento, cólera ó disgusto, y que cada vez que de él se hablaba prorumpía en llanto al pensar en la desdicha de tener tal heredero, ó manifestaba su desprecio hácia él, dirigiéndole calificativos que hartó merecía. Yo tenía la prueba de ello en mis manos, pues entre los papeles de la emperatriz había dos billetes escritos de su puño y letra y dirigidos el uno á Ivan Schu-



La princesa de Daschkaw. Copia reducida del grabado de G. Scrodoomoff

waloff y el otro al conde Rasumowsky, en los cuales maldecía y enviaba al diablo á su sobrino. En uno de ellos se leía lo siguiente: «mi condenado sobrino me ha dado muchos

disgustos;» y en el otro decía: «mi sobrino es un imbécil: ¡ojalá se lo llevara el diablo!» (4). En otra ocasion, dice Catalina que Isabel y Pedro se profesaban tal antipatía que no podían permanecer cinco minutos juntos sin reñir (5).

Durante su gobierno manifestó Pedro en una comida, hablando del tiempo pasado, que en medio de la dura esclavitud en que se le tenía había sido una debilidad confiarle 500 soldados, pues con ellos fácil le hubiera sido apoderarse de la persona de la emperatriz y elevarse al trono. Este

(1) Schäfer, *Los últimos días de la emperatriz Isabel de Rusia. Revista histórica*, XXXVI, 421.

(2) A. R. Woronzoff cuenta en una autobiografía, refiriéndose al proyecto de Bestusheff: «asegurase que preparó la oportuna acta y que intentó hacerla firmar por la emperatriz, por sorpresa, presentándosela á la firma entre otros papeles.» Archivo de Woronzoff, V, 32.

(3) En el dietario de Catalina del año 1761 se encuentra la nota siguiente: «se me adulará siempre, mientras la gente esté descontenta del...» (indudablemente se completaba la frase con las palabras «gran duque».)

(4) *Memorias de Catalina*, pág. 299-300.

(5) *Observaciones á Denina*, en el Archivo ruso, 1878, II, 287.

plan en que tanto había pensado Pedro, podía, según él, haberse llevado muy fácilmente á cabo en Peterhof, á causa del completo aislamiento del pabellón de Marly, donde habitaba la emperatriz, y Pedro aseguraba que solo á su magnanimidad debía agradecerse que no se hubiese aprovechado de aquella ventaja (1).

En muchas narraciones de contemporáneos se encuentra la observación de que Isabel había pensado, en los últimos tiempos de su vida, en desposeer á su sobrino de los derechos de sucesión al trono y en dejar la corona al ex-emperador Ivan, que se encontraba preso en Schusselburgo, ó al gran duque Pablo, añadiéndose que la emperatriz tenía gran miedo de que su sobrino la envenenara. Créase también que, una vez sentado en el trono, Pedro declararía bastardo á Pablo y se casaría con Isabel Woronzoff (2). El pequeño gran duque, que solo contaba siete años, se enteró tanto más de estos rumores, cuanto que á menudo le espantaban diciéndole que su padre quería asesinarle. Desde entonces Pablo padecía de ataques epilépticos (3). El embajador austriaco, conde Mercy Argenteau, en un despacho de 11 de octubre de 1761, es decir, pocas semanas antes de la muerte de la emperatriz, hablaba de la ternura con que Isabel trataba á Pablo públicamente en el teatro, y del cuidado con que atendía á su educación. Esto molestaba en gran manera al gran duque Pedro, á pesar de que aparentaba por ello gran indiferencia: no sabía, dice Mercy, lo que era capaz de decidir la emperatriz en la cuestión de la sucesión al trono (4).

De su propio puño y letra escribe Catalina la siguiente relación acerca de un hecho que ocurrió á fines de 1760 ó á principios de 1761: «No puede decirse qué era lo que pensaba la difunta emperatriz acerca de la sucesión al trono, pues era incapaz de tomar una resolución en este punto. Lo cierto es que no amaba á Pedro, que le consideraba inepto para gobernar, que sabía la antipatía que profesaba á los rusos, y que miraba con terror los acontecimientos. El favorito Ivan Schuwaloff, que sabía cuán odiado era Pedro y pensaba en una variación en el orden de sucesión al trono, se dirigió á J. N. Panin y le participó que algunos deseaban desterrar á Pedro y á su esposa, elevar al trono á Pablo y nombrar un consejo de regencia, al paso que otros solo querían ver alejado de Rusia al padre de Pablo solamente. Por consiguiente todos estaban de acuerdo en que de Pedro solo podían esperarse desgracias para Rusia. Panin contestó

que tales medidas solo podrían producir una guerra civil y que aquello que por espacio de veinte años había sido santificado por el juramento y por las promesas formales no podría ser alterado más que apelando á los medios violentos. En seguida me enteró Panin de esta conversación y me participó al propio tiempo que se había hecho observar á la emperatriz que debía desterrar solo al padre, conservando á la madre y al hijo en Rusia, y que era probable que la emperatriz se inclinase á esta solución. Pero, á Dios gracias, los favoritos no se decidieron á llevarla á cabo, antes al contrario procuraron por todos los medios, captarse el favor de Pedro III, lo cual consiguieron en parte. Este no supo siquiera que tal tempestad le amenazara; y como no sabía callar, se guardaron de hablarle de ello aun aquellos mismos que le habían prevenido, pues de hacerlo se exponían á ser infaliblemente víctimas de su indiscreción que podía ofrecer ciertos peligros después de los placeres de la mesa (5).»

La situación de Catalina, en el momento en que se previó la muerte de Isabel, era muy comprometida y propia para dar qué pensar en un hecho desesperado que la salvara. Este aconteció efectivamente, motivándole la princesa Daschkaw, dama que se distinguía por su talento y su educación y que estaba enérgicamente decidida á intentarlo todo para procurar el triunfo y el primer puesto de la nación á Catalina, á quien estaba reservado un funesto porvenir si Pedro llegaba á ocupar el trono.

Pocos días antes de la muerte de la emperatriz, en la noche del 20 de diciembre de 1761, se presentó la princesa Daschkaw en el cuarto dormitorio de Catalina y le manifestó que su situación estaba rodeada de peligros y que algo debía hacer para evitarlos. Catalina dijo á su amiga que nada quería hacer y que se abandonaba á su suerte. A la observación que la Daschkaw le hizo de que en este caso obrarían solos los amigos de la gran duquesa, contestó esta que no podía consentir en que nadie se expusiera por su causa. Las dos mujeres estaban muy exaltadas (6): Catalina contaba entonces treinta y cuatro años y la princesa diez y ocho. No sin razón Catalina, conociendo la inexperiencia y el fanatismo de la princesa, la amonestaba para que no cometiera una imprudencia, pues no era aun tiempo de dar un golpe de Estado. Pocos meses después aconteció el hecho salvador, pues Pedro, que sin obstáculo alguno subió al trono en 25 de diciembre de 1761, allanó, con su inepticia, el camino que debía conducir al trono á su esposa.

CAPÍTULO IV

REINADO DE PEDRO III

Triste situación de Catalina.—Brutalidad de Pedro III.—Conducta lamentable de Pedro.—Indignación general contra él.—Descontento público.—Cuidados de Federico II.—Inminencia de la crisis.—Pormenores de la catástrofe

Dícese que la emperatriz Isabel, en la tarde que precedió á su muerte, tuvo una conversación con su sobrino. Mercy

(1) «Pero que había sido demasiado bueno para aprovecharse de ella.» Relación de Brühl de 1 (12) de mayo de 1762: en la obra de Herrmann, V, 277.

(2) De la Marche: *Nuevas memorias*, etc., Berlín y Dresde, 1765, págs. 3 y 6. *Historia notable de Pedro III*, págs. 16. Castera, I, 50, 80-84, 88-89.

(3) Blum, *Un hombre de Estado ruso*, IV, 272.

(4) Schäfer, *Los últimos días de la emperatriz Isabel*, en la Revista histórica, XXXVI, 431.

Argenteau refiere que el gran duque prometió que ningún daño se haría á los condes Alejo Rasumowsky é Ivan Schuwaloff, lo cual prueba que en el momento en que iba á ocurrir el cambio en el trono, la emperatriz solo atendía á asuntos puramente personales, sin que se cuidara en modo alguno, según dice Mercy, de las cuestiones de verdadera importancia (7). El embajador francés, Breteuil, dice que la empera-

(5) *Archivo ruso*, 1863, págs. 383-384.

(6) *Memorias de la princesa Daschkaw*, Londres, 1840, I, 33-35.

(7) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XVIII, 27.

triz moribunda hizo jurar á su sobrino que viviría en buena armonía con su esposa, recomendando especialmente á la benevolencia de su sucesor al gran duque Pablo (1).

En el momento de morir la emperatriz, Pedro y Catalina se encontraban en el cuarto de la moribunda; poco después el senador más antiguo, el príncipe Trubezkoj, salió de la cámara mortuoria y proclamó el entronizamiento de Pedro (2).

No se ocultó á los contemporáneos el hecho de que Catalina asistió á los funerales, que en los siguientes días se celebraron, mostrando un piadoso recogimiento. El modo que tuvo de cumplir sus deberes religiosos fué una verdadera manifestación, notándose con disgusto el contraste que con aquel recogimiento formaba la indiferencia mostrada por el emperador, el cual, durante las ceremonias tuvo una actitud sumamente frívola (3). Un testigo ocular describe la grandeza de alma, el valor y el dominio de sí misma que mostró Catalina vistiendo el cadáver de Isabel (4).

En el manifiesto que se publicó el mismo día del advenimiento de Pedro al trono, no se dice una palabra de la emperatriz Catalina ni del gran duque Pablo. Pedro hubiera querido de buena gana que Catalina no hubiese sido emperatriz (5); en cambio eran muchos los que la rodeaban de atenciones. Federico el Grande aconsejó que el embajador inglés expresara, en las más amistosas formas, los sentimientos de amistad de Federico, añadiéndole que este estaba convencido de que Catalina haría todo lo posible para poner fin cuanto antes á la desastrosa guerra (6). Conservábase una carta que, en aquellos días, escribió Catalina á Federico, en la cual daba al rey las gracias por los buenos deseos que con motivo de la coronación de su esposo le manifestaba (7). Dícese que el rey aconsejó á Pedro, su amigo y aliado, que tratara bien á su esposa; pronto, sin embargo, se vio que aquel consejo no era seguido.

Acerca de las relaciones personales entre Catalina y Pedro, durante los primeros tiempos del reinado de este, no poseemos noticias que merezcan verdadera confianza. Un testigo poco fidedigno, Stählin, dice que la emperatriz, que habitaba en una parte especial del palacio, se presentaba cada mañana en el despacho de su esposo; pero que en cambio no comía con él al mediodía. En el dietario de Stählin se encuentra también la noticia de que el emperador, durante la semana de Pascua, se había instalado en el palacio de invierno, donde se habían señalado como habitaciones de la emperatriz las que á un extremo del edificio se encontraban, mientras la querida de Pedro, Isabel Woronzoff, ocupaba las más inmediatas al cuarto de su real amante (8).

En los círculos diplomáticos se observaba atentamente la situación y la conducta de la emperatriz. Breteuil escribía, en enero de 1762: «El día de nuestra felicitación vi á la emperatriz muy abatida. Hasta ahora es evidente que en nada se ocupa y que procura armarse de filosofía; pero su

(1) *La Corte de Rusia*, págs. 178.

(2) Ssolowieff, XXIV, 418. Chappe d'Auroche decía más adelante que Catalina se arrojó en aquel momento á los pies de su esposo y le había prometido su sumisión «como la primera esclava del Reino», detalle que llena de indignación refutó aquella en el *Antídoto*, véase el *Siglo diez y ocho*, IV, 312.

(3) *Memorias de la princesa Daschkaw*, I, 40-41.

(4) *Memorias del joyero Panzié* que la ayudó en esa tarea, *Ruskaja Starina*, I, 203.

(5) *Ruskaja Starina*, XI, 480. El manuscrito está impreso en la Colección legislativa completa, número 11,390.

(6) Raumer, II, 497.

(7) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 150.

(8) *Documentos de la Sociedad moscovita de historia y antigüedades*, Moscú, 1866. Misceláneas, págs. 96 y 104.

carácter no es á propósito para esto, por más que ella me haya asegurado repetidas veces lo contrario. El emperador redobla sus atenciones para con la princesa Woronzoff y la ha nombrado gran maestra de las jóvenes nobles; la princesa vive en la corte y se ve objeto de toda clase de distinciones. Preciso es convenir que tiene muchos atractivos.» Mas adelante dice el mismo Breteuil: «La emperatriz se encuentra en una situación muy triste y es tratada sin consideración alguna; no puede soportar la conducta del emperador hacia ella y la arrogancia de la señorita Woronzoff, y no me explicaría, dados su valor y energía, que más tarde ó más temprano no estallase su indignación, pues tiene amigos que, á una simple indicación suya, lo intentarían todo por ella.» En otro paraje añade: «La emperatriz se conquista cada día mayores simpatías: nadie se ha mostrado más celoso que ella en prestar los últimos deberes á la difunta emperatriz. Con sorprendente escrupulosidad sigue observando las fiestas, el lujo, los banquetes y demás diversiones á que se entrega el emperador, á pesar de no ser cosas indiferentes en Rusia. En una palabra, Catalina no descuida nada para hacerse querer y atiende á todo cuanto puede servirle para este objeto, quizás demasiado para que en ello no tenga alguna parte el egoísmo. No es tampoco mujer que olvide la amenaza que la dirigió el emperador cuando no era más que gran duque, de oprimirla y encarcelarla como hizo Pedro I con su primera mujer. Todo esto unido á las humillaciones que sufre diariamente ha de ir fermentando en una cabeza como la de Catalina, faltando solo una ocasión para que la tempestad estalle.» Algunas semanas después, escribía Breteuil: «Asegúrase que la salud de la emperatriz, aniquilada por los disgustos, está tan quebrantada, que es de temer un desenlace fatal (9).» El antagonismo entre Pedro y Catalina se hacía cada día más evidente en todos conceptos. Breteuil escribe: «La emperatriz vale mucho por su alma y por su talento y es tan generalmente estimada como odiado y despreciado es el emperador;» y añade luego: «La emperatriz recibe de su esposo injurias personales, á las cuales solo contesta respetuosamente y con lágrimas en los ojos. El pueblo participa de su pena y no carece de buenos, pero impotentes deseos (10).»

El embajador inglés, Keith, que juzga más favorablemente que ningún otro contemporáneo la conducta y aptitudes de Pedro, dice lo siguiente, hablando de la situación de Catalina en aquella época: «No parece que hasta ahora se haya consultado para nada la opinión de la emperatriz, ni que esta goce de gran consideración.» Repetidas veces dice que Catalina no solía asistir á las fiestas de la corte. En 19 de mayo escribe: «La emperatriz tiene escasa influencia; todos saben ya que no solo su opinión de nada sirve en las cuestiones políticas, sino que no tiene influjo alguno, ni aun en los asuntos de poca importancia.» Mientras Pedro no daba participación alguna á su esposa en los asuntos públicos, escribía Federico el Grande á Keith: «Consultad con la emperatriz; ella será vuestra mejor consejera y os ruego que sigais sus consejos (11).»

También observaba el conde Mercy que la emperatriz no ejercía influencia alguna, escribiendo en 1.º de febrero que Catalina vivía completamente aislada, y que su «tranquilidad» quizá era solo aparente, pues él tenía para sí que en el fondo

(9) Estos rumores tenían cierto fundamento, y circulaban cuando nació el conde Bobrinsky. En una carta que posteriormente escribió á este Catalina le decía que era muy peligrosa la situación en que se encontraba cuando él nació. S. Kobeko, *Vida de Pablo*, San Petersburgo, 1882, págs. 13.

(10) Raumer, III, 300-305. *La Corte de Rusia*, págs. 189.

(11) *La Corte de Rusia*, págs. 186, 187.